

de sus poemas, pero gobernado por una inteligencia poética que le ha permitido renovarse década tras década. Las traducciones elegidas por Tapscott incluyen la versión de William Carlos Williams de «Himno entre ruinas» y la elegante reescritura de «La arboleda» firmada por Elizabeth Bishop y el propio Paz. Aparecen dos versiones de Weinberger, y yo habría incluido más. La lectura de sus versiones en el Queen Elizabeth Hall fueron prueba evidente de que posee un oído superior a la media en su atención simultánea a la música y el contenido. Lamenté no encontrar en estas páginas sus traducciones de otro mexicano, Xavier Villaurrutia (1903-1950), cuyo libro *Nostalgia de la muerte* ha traducido entero.

Una de las cosas positivas que pueden decirse de esta antología es que servirá de oportuno estímulo para leer a ciertos poetas latinoamericanos poco conocidos. Me sorprendió gratamente encontrar en sus páginas el trabajo de dos poetas argentinos prácticamente ignorados en Inglaterra e incluso en España: Alejandra Pizarnik, que acabó suicidándose en 1972, y Enrique Molina. Tuve un ataque de mala conciencia al ver el nombre de Xavier Villaurrutia. Su *Nostalgia de la muerte* figuraba desde hace años en mi biblioteca, pero su título me desanimaba. Al leerlo atentamente, me di cuenta de que Villaurrutia ha escrito algunos de los poemas homoeróticos más impresionantes desde Cavafis. No llega, sin embargo, a convertir Ciudad de México en su Alejandría particular; por

lo que a él concierne, los aztecas no existieron jamás. Sus principales lecturas son francesas (incluido un Rilke leído en traducción), lo que resulta en una cadencia española a un tiempo bella e imperiosa. Su obra maestra, «Nocturno de Los Ángeles», aparece aquí en una versión de Rachel Benson que no desmerece de las de Weinberger. Tapscott admite, con honestidad que le honra, que hay poetas ausentes que merecían un espacio en esta antología. Permítaseme nombrar a dos, omitidas pese a la decisión del antólogo de abrir el espectro hacia la poesía escrita por mujeres: la peruana Blanca Varela, y la mexicana Ulalume González de León. Esta última es una de las más brillantes traductoras de poesía inglesa; ha realizado, entre otras, una deliciosa versión del clásico de Lewis Carroll, «The Hunting of the Snark».

Juan Malpartida criticó en el número de febrero de 1991 de *Cuadernos Hispanoamericanos* la ignorancia mutua existente entre las literaturas española e iberoamericana (excepción hecha de algunos novelistas importantes y un par de poetas). También sacó a colación el problema de hasta qué punto un lector medio mexicano puede estar al tanto de lo que se escribe en Argentina y viceversa. Una antología como ésta nos da la oportunidad de ponernos al día, pero hay ya una nueva generación que pide permiso para hacerse oír.

Charles Tomlinson

Traducción: Jordi Doce

Insuficiencias de la memoria

En *La buena memoria*¹, un grueso libro de conversaciones de Fernando Fernán-Gómez y Eduardo Haro Tecglen, moderadas y transcritas por Diego Galán, se habla sobre todo de política, cine, teatro y mujeres. Estas conversaciones se llevaron a cabo en una *suite* del hotel Palace. Un actor y escritor (nacido en 1921), y un periodista y crítico de teatro (nacido en 1924), amigos desde la adolescencia, hablan de sus temas habituales. Los dos hablan como «viejos gruñones», con un humor que pareciera humilde en el caso de Fernán-Gómez, y con una seriedad recortada, ligeramente irónica, en el caso de Eduardo Haro. Los dos son hombres de una cierta cultura, mas leído el periodista que el actor, aunque ninguno de los dos tenga, como afirma el transcriptor, «una cultura sólida». No, no es precisamente la solidez lo que las caracteriza. Tampoco una «apabullante lucidez»; esas son cosas de la publicidad, a la que nos hemos acostumbrado tanto que ya no nos importa la ausencia de realidad tras ella. Yo no creo que lo mejor del libro sean sus poco lúcidas observaciones sobre política, ni siquiera sobre mujeres, sino sus recuerdos, puntuales, de esto o aquello, y también algún dato de personajes o sucesos que vivieron y que la historia

no recoge o que sólo ellos podrían contar. Este aspecto ya lo encontramos en las interesantes memorias de Fernán-Gómez *El tiempo amarillo*. Haro ya nos tiene acostumbrados en sus crónicas periodísticas a un pesimismo que el lector no puede creer, salvo que lo convirtiera en una gran literatura y en una penetración moral y psicológica mayor, como hizo Emile Cioran; pero eso no es fácil. Creo que la nostalgia y el pesimismo de Haro están admirablemente concentrados en el título de un libro suyo: *El niño republicano*. Un niño es, sobre todo, niñez, pero no república; el hombre adulto toma la parte por el todo y hace de la república niñez: una república que no termina de madurar. La niñez siempre se pierde, con guerra o sin ella, aunque no es deseable que se pierda del todo. Pero lo que ocurre con Haro es que tiene idealizada la Segunda República, como si aquello hubiera sido un ejemplo de tolerancia, y la guerra civil hubiera venido de fuera, ajena a nuestra historia. Ejemplo de tolerancia, a pesar de los grandes defectos, es lo que se da ahora; pero hay que oír a Haro decir que vivimos en una «dictadura difusa» (también Fernán-Gómez asiente ante tamaña insensatez) o que los políticos que se sientan en el Congreso son «los mismos que impidieron que las Brigadas Internacionales entraran en Madrid». Estas son cosas que sólo las pueden

¹ Diego Galán, *La buena memoria de Fernando Fernán-Gómez y Eduardo Haro Tecglen*, 353 págs. Alfaguara, Madrid 1997.